



David su padre. Y Salomon daba culto á As-tartés, diosa de los sidonios, y á Moloc, ídolo de los ammonitas. Y Salomon hizo lo que no agradaba á Jehová, no perseveró en seguir al Señor, como había hecho David su padre. En aquel mismo tiempo edificó Salomon un templo á Camós, ídolo de Moab, en la montaña que está frente á Jerusalem, y á Moloc, ídolo de los hijos de Ammon. Y á este modo hizo con todas sus mujeres extranjeras que quemaban incienso y sacrificaban á sus dioses.

Por lo cual se indignó el Señor contra Salomon, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová, Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces.... Por lo cual Jehová dijo á Salomon: «Puesto que así has obrado y no has guardado mi alianza y preceptos que te di, arrancaré de tí el reino y se lo daré á un siervo tuyo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor á David tu padre; de las manos de tu hijo le arrancaré. Y no le arrancaré todo el reino; dejaré á tu hijo una tribu por respeto á David, miservo, y de Jerusalem que yo he elegido (1).»

David era de la tribu de Judá. Jerusalem estaba situada en las fronteras de Judá, en el territorio de Benjamin. Por esto, estas dos tribus son consideradas como constituyendo una sola.

Este siervo de Salomon á quien Dios destinaba diez tribus de Israel, era Jeroboam, de la tribu de Efraim. Viéndole muy hábil y activo, le había confiado Salomon un empleo importante en las dos tribus de José. Un día el profeta Ahías, de Silo, cubierto con un nuevo manto, le encontró en el camino. Estaban solos en el campo. El profeta cortó su manto en doce partes, y dijo á Jeroboam: «Toma para tí diez partes.» Después le hizo comprender que Dios le daba á gobernar diez tribus de Israel, porque Salomon había servido á los dioses extranjeros; que no obstante, por amor á David, conservaría Salomon todo el reino, y su hijo una tribu, para que David tuviese siempre una lámpara y un descendiente en Jerusalem. Añadió para él mismo esta promesa de parte de Dios: «Si oyeres todo lo que te mandare y anduvieres en mis caminos, é hicieres lo que es

(1) 3 Reg., 11, 1-3.

recto delante de mí, guardando mis mandamientos y mis preceptos, como lo hizo David mi siervo, seré contigo y te edificaré casa estable, como edificó una á mi siervo David, y te entregaré á Israel, y afligiré el linaje de David por esto, pero no para siempre.» Salomon trató, pues, de dar muerte á Jeroboam; pero este huyó cerca de Sesac, rey de Egipto (1).

Los últimos años de Salomon fueron todavía inquietados por dos enemigos extranjeros: Adad, hijo del último rey independiente de Edom, á quien Joab había hecho la guerra desde el tiempo de David, y Razon, hijo de Eliada. Adad, retirado á la casa del rey de Egipto, se congració con Faraon de tal modo, que le dió por esposa una hermana de la reina. Marchó contra Salomon, pero no se sabe que consiguió gran cosa. Razon había abandonado á su maestro Adadézer, último rey del reino sirio de Saba, del cual se apoderó David; reunió un ejército, se apoderó de Damasco, capital del país de Saba, y fundó un nuevo reino, que sufrió muchos cambios, y fué por último conquistado por Nabucodonosor (2).

Salomon durmió con sus padres y fué sepultado en la ciudad de David su padre, y reinó en su lugar Roboam su hijo (3).

Así es como la Escritura termina la historia de Salomon, añadiendo que reinó cuarenta años en Jerusalem. La historia de Josefo dice, por el contrario, que vivió noventa y cuatro años y reinó ochenta, lo cual no es siquiera probable, porque Dios no le había prometido una larga vida más que en el caso de que observara sus preceptos como los había observado su padre. Un sábio religioso concilia las dos versiones, suponiendo que el autor sagrado dice que Salomon reinó cuarenta años, al modo que se dice de Saul que reinó dos, á saber, en la piedad y justicia, lo cual es reinar con propiedad, y que no cuenta los cuarenta años de Salomon pasados en la impiedad y en el desarreglo, como no se cuentan los treinta y ocho de Saul (4).

(1) 3 Reg., 11, 28-40.

(2) Ibid., 11, 14-25.

(3) Ibid., 11, 43.

(4) Pezron, *Antigüedad restablecida de los tiempos*.



Pero si el pasaje es embarazoso por lo que hace al primero y segundo año de Saul, puede entenderse naturalmente, según el hebreo, teniendo en cuenta los antecedentes y los consiguientes. Hacia un año que Saul era rey, cuando fué solemnemente proclamado en Gál-gala.

El segundo año de su reinado, habiendo comenzado de esta manera, echó á cada uno á su tienda (1).

¿Se salvaría ó no Salomon siendo el más sábio de los hombres? Esta cuestión sola excita en el ánimo una especie de terror. La Escritura no ofrece dato ninguno para resolverla: habla de la primera caída, pero no dice que hiciera penitencia ó que no la hiciera. Los doctores judíos opinan generalmente que se convirtió; los Padres de la Iglesia están divididos sobre este punto, y entre los libros santos hay uno que presenta el fruto de su arrepentimiento: este es el Eclesiastes ó Predicador, cuyos rasgos más significativos son estos: «Vanidad de vanidades, ha dicho el Eclesiastes; ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! ¿Qué saca el hombre de todo lo que trabaja en esta vida sino solamente un triste alimento y vestido?... Yo, el Eclesiastes, yo he sido rey de Israel, y me propuse en mi corazón inquirir é investigar sábiamente todas las cosas que se hacen debajo del sol... y he visto que todo es vanidad y aflicción de espíritu. Los perversos con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito... Dije yo en mi corazón: Iré y tendré abundancia de delicias, y gozaré de los bienes; y ví que esto también era vanidad. La risa la reputé por error, y el gozo por una ilusión.... Amontóné para mí plata y oro, y los haberes de los reyes y de las provincias... y superé en riquezas á todos los que fueron antes de mí en Jerusalem, y la sabiduría perseveró también conmigo. Y no les negué á mis ojos todas cuantas cosas desearon, ni vedé á mi corazón que gozara de todo placer y se deleitase en las cosas que yo había preparado... Y cuando me volví á las obras que habían hecho mis manos, y á los trabajos en que yo inútilmente había

(1) Reg., 13, 1-2.

sudado, ví que todo era vanidad y aflicción de espíritu... Y dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío, y entonces será el tiempo de toda cosa... Mi alma ha recorrido todas las cosas, y encontré que la mujer es más amarga que la muerte; la mujer es lazo de cazadores, su corazón una red y sus manos prisiones... De mil hombres hallé uno bueno; pero en igual número de mujeres, no hallé una sola buena... Hombre, acuérdate que Dios te llamará á juicio. Aparta la ira de tu corazón, y aleja la malicia de tu carne, porque la mocedad y el deleite son cosas vanas. Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que venga el tiempo de la aflicción... y vuelva el polvo á la tierra de donde salió, y el espíritu á Dios que le dió... Oigamos todos el fin del discurso: Temé á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre; y todo cuanto se hace, sea bueno ó malo, Dios lo traerá á juicio (1).»

Todo esto está aún muy lejos del arrepentimiento, lleno de confianza y amor, que el corazón contrito y humillado de David respira en los salmos de la penitencia.

Entre los libros canónicos, hay uno que en las Biblias griegas lleva el título de *Sabiduría de Salomon*. Este libro, conocido en las Biblias latinas con el solo nombre de *Sabiduría*, es de Salomon por el sentido que contiene y por la manera de desarrollar la doctrina; pero por el estilo, parece estar compuesto bajo su nombre por un escritor posterior. Respira, no solamente la gran elocuencia de los griegos, sí que también afición á la dialéctica. Puede, pues, concluirse que el autor escribía entre ellos y para ellos. No carece, pues, de interés el ver qué lecciones podía aprovechar aquel pueblo, tan renombrado por su sabiduría y naturalmente curioso. Todo el libro no es, por decirlo así, más que el elogio de la sabiduría con una depreciación á Dios y exhortaciones para hacerse digno de él. Salomon, á quien el autor hacer hablar en él, se dirige principalmente á los jefes de los pueblos: «Amad la justicia los que juzgais la tierra.» Aparece después el justo perseguido por los perversos. «Oprimamos al pobre justo,

(1) Ecl., *Salomonis*.



dicen estos en medio de los placeres; no perdonemos á la viuda, ni respetemos las canas del viejo de mucho tiempo. Y sea nuestra fuerza la ley de la justicia; porque lo que es flaco, se reputa por inútil. Pongamos asechanzas al justo, porque nos es incómodo y contrario á nuestras obras, porque nos echa en cara los pecados de la ley y divulga contra nosotros las faltas de nuestra doctrina. Afirma que él tiene la ciencia de Dios, y se llama hijo de Dios. Se nos ha hecho el detractor de nuestros propios pensamientos. Nos es odioso hasta el verlo, porque su vida es desemejante á la de otros, y sus caminos son bien diferentes. Somos tenidos por él como gente vana, y se abstiene de nuestros caminos cómo de inmundicias, y prefiere las postrimerias de los justos y se gloria de que tiene por padre á Dios. Veamos, pues, si son verdaderas sus palabras; probemos lo que le ha de venir, y sabremos cuál será su fin. Porque si es verdadero hijo de Dios, le amparará y le librará de manos de los adversarios. Esperémosle con ultrajes y tormentos, para que sepamos su dulzura y probemos su paciencia. Condenémosle á la muerte más infame, porque Dios le atenderá segun sus palabras (1).»

Los cristianos reconocerán aquí sin grande esfuerzo al Justo por excelencia.

Pero bien pronto se ve el juicio; bien pronto los justos, despues de muertos, probados como el oro en el horno, aparecen brillantes como la llama, sentencian las naciones y dominan los pueblos; el universo entero combate con el Señor contra los insensatos; la iniquidad de los malos convierte á la tierra en un desierto, y la malicia derriba el trono de los poderosos. «Reyes, oid pues, concluye de aquí el autor sagrado; enseñad vosotros que juzgais la tierra. Oid vosotros, los que reprimis las muchedumbres y os complacéis en la muchedumbre de naciones. El poderío le habeis recibido del Señor, y la fuerza del Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos; porque siendo los ministros de su reino, no habeis obrado con equidad, ni habeis guardado la ley de la justicia, ni habeis obrado segun

(1) Sap., 2.

la voluntad de Dios. Pronto y terrible se os aparecerá; porque para los que ocupan cargos elevados, es para los que Dios tiene reservado el juicio más severo. La misericordia está prometida á los pequeños; pero los poderosos serán poderosamente atormentados. El que es dueño de todo no perdonará á nadie, ni respetará á ningún grande, porque él ha hecho al pequeño y al grande, é igualmente cuida de todos. Para los más grandes tiene destinados los mayores suplicios. A vosotros, pues, oh reyes, se dirigen mis discursos, para que sepais la sabiduría y no caigais más. Yo diré cuál es la sabiduría y cómo ha nacido, y no os ocultaré los secretos; pero yo la examinaré desde su origen y pondré en claro su ciencia.

«Aprendí todas cuantas cosas hay escondidas y no descubiertas, porque me las enseñó la sabiduría misma, artifice de todo. Porque hay en ella un espíritu de inteligencia, santo, único, de muchas maneras, sutil, discreto, ágil, immaculado, certero, suave, amante del bien, á quien nada impide, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, que tiene todo poder, que todo lo ve y que abarca todos los espíritus inteligibles, puros y sutiles. Porque la sabiduría es más ágil que todas las cosas movibles, y alcanza á todas partes á causa de su pureza; ella es un vapor de la virtud de Dios y como una sincera emanación de la claridad del Todopoderoso, y por eso nada manchado cae en ella. Es resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad divina, é imágen de su bondad. Y siendo una sola, todo lo puede; y permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas, y por las naciones se difunde en las almas santas, forma los amigos de Dios y los profetas (1).»

La sabiduría se extiende con fuerza de uno á otro extremo, y dispone todas las cosas con dulzura. Ella es la que formó al padre del mundo, al primer hombre; ella la que le ha sacado de su pecado y le ha dado fuerza para dominar todas las cosas. Por separarse de ella, Cain comenzó la larga cadena de crímenes que trajeron el diluvio; ella es la que en el terrible bau-

(1) Sap., c. VII.



como del género humano, salvó al Justo en un biesp: reciable madero; ella la que en los tiempos que las naciones conspiraban al mal, eligió al fiel Abraham; ella la que salvó á Lot en la destrucción de la Pentápolis, protegió á Jacob en todos sus caminos, descendió con José á la prision y puso en sus manos el cetro del reino; ella la que hizo á Moisés temible á los tiranos, la que por medio de los elementos y de los animales hirió al Egipto que los adoraba, y la que

retiró á la nacion santa, la llevó por el mar Rojo, la alimentó en un desierto inhabitable, y la concedió la victoria sobre sus enemigos; ella, que castigó á los pueblos de Canaan, no de un solo golpe, sino poco á poco, para darles tiempo á la penitencia, y hacer ver así que la misericordia debe templar la justicia (1).

(1) Sap., caps. VII, VIII, IX, X y XI.